

FICHA nº 8

Naturaleza y contenido de la Evangelización

La evangelización es una dimensión esencial de la Iglesia. Ahora bien, la propia Iglesia necesita quedar descentrada y extrovertida en favor de la evangelización que ha de realizar. No es que la Iglesia tenga una misión, sino a la inversa: porque hay una misión que realizar brota la Iglesia para llevarla adelante. ¿En qué consiste? ¿Cuál es la naturaleza y contenido de la misma? Aunque en capítulos próximos vayamos desentrañándolo, conviene ahora, desde inicio, una visión de conjunto que nos facilite la profundización posterior.

Continuidad de la misión trinitaria

Si la Iglesia entiende su misión evangelizadora en el marco de la misión del Hijo y de la del Espíritu Santo, su perspectiva en cuanto gozo compartido le permitirá comprenderse a sí misma en el entramado de la historia de Dios con el mundo y descubrirá su lugar y función en el interior de esta historia desde el actuar salvífico-trinitario. El dinamismo salvífico manifestados a la luz de la revelación obliga a cambiar la perspectiva que ha venido marcando el actuar eclesial. Cabe decir que porque hay una misión que cumplir es por lo que la Iglesia es llamada a la existencia; más aún, es llamada precisamente para que cumpla esa misión. *La iglesia nace como misión evangelizadora, no solamente misionera.* Y si Dios llama a la Iglesia en y desde la misión, en y desde la misión la seguirá convocando a lo largo de los siglos.

“Por su naturaleza la Iglesia peregrina es misionera, puesto que toma su origen de la misión del Hijo y de la del Espíritu Santo, según el propósito de Dios Padre. Este propósito dimana del “amor frontal” o caridad de Dios Padre (AG 2). La evangelización tiene un origen y un destino trinitarios y se *fundamenta primordialmente en la encarnación, Pascua y Pentecostés*: “como tú, me enviaste al mundo, así también los envío yo” (Jn 17,18); “Id al mundo entero y proclamad la buena nueva a toda la creación” (Mc 16, 15). El Logos encarnado, además de ser “el primer y más grande evangelizador” con obras y palabras, tras la Pascua se convierte en “evangelio de Dios”. “Recibiréis una fuerza, el Espíritu Santo que descenderá sobre vosotros, para ser testigos míos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaría y hasta los confines del mundo” (Hch 1, 8). La efusión del Espíritu, “protagonista de la evangelización”, inaugura un orden nuevo para la historia que hace que el anuncio de la buena nueva de salvación pueda ser oída y acogida por todas las lenguas, culturas y contextos humanos.

La buena noticia del Reino de Dios

La evangelización comienza por anunciar con la misma lógica lo que Jesús anunció: la buena noticia del Reino desde la paternidad de Dios y en favor de la fraternidad universal. Así se llega a aceptar a Jesucristo como buena noticia. Una buena noticia que va destinada, aquí y ahora, para todos; pero de un modo preferente para los pobres, los excluidos y orillados de la sociedad. La revelación de Dios, expresada en la evangelización, “ se cumple por hechos y palabras íntimamente ligados entre sí” (DV 2), de tal modo que las obras corroboran la doctrina y las palabras proclaman las obras. Todo ello no tiene otro fin que suscitar la conversión en aquel o aquellos a quienes se dirige.

La evangelización está al servicio de la edificación del Reino de Dios en el entramado de las personas, de la historia y del mundo: “Cristo, en cuanto evangelizador, anuncia ante todo un reino el Reino de Dios” (EN 8) y, por tanto, desde el dinamismo evangelizador “*la Iglesia está efectiva y concretamente al servicio del Reino*”, desde múltiples facetas y aspectos liberadores; pero en cuanto acción eclesial nunca puede olvidar que “esta dimensión temporal del Reino es incompleta, si no está en coordinación con el Reino de Cristo, presente en la Iglesia y en tensión hacia la plenitud escatológica” (RM 20; cf. EN 33s).

Desde lo concreto, pero con una mirada global

La evangelización siempre habrá de ser pentecostal y pneumatológica y, por tanto, *universal, global y mundial*, dando al Espíritu es co-fundador de la Iglesia y concede a cada iglesia local su nombre o carisma propio. La Iglesia necesita tomar carne entre las gentes, pueblos y culturas. Desde Pentecostés, el dinamismo eclesial siempre va saltando las fronteras y las orillas para brotar en espacios nuevos, vistos todos ellos dentro de un designio unitario y global que corresponde a la mirada y al horizonte reconciliador de Dios. *La presencia entre todos los pueblos* se realiza concretamente haciéndose experiencia en contextos humanos y culturales en los que hombres y mujeres desarrollan su vida. Desde ahí, la evangelización ha de ser vivida no como algo añadido o extrínseco sino en cuanto proyección normalizada de su misma existencia.

El Espíritu empuja a cada iglesia local desde dentro y la llama y atrae desde fuera. Así pues, *toda iglesia vive de la evangelización para entregarse a la evangelización*; pero cada iglesia local ha de vivirse necesariamente en el seno de la Iglesia Católica, aportando lo mejor de sí misma al pléroma eclesial. Ello provoca que las acciones de cada Iglesia, aun centrándose en un lugar, no puedan prescindir de *un mirada global*. En consecuencia, todas sus actividades han de ser medidas y

evaluadas desde el horizonte evangelizador. Las iglesias nunca pueden renunciar a pensar y a soñar a los grande, a fin de sentirse interpeladas por los nuevos areópagos a evangelizar en la globalidad de nuestro mundo.

Con una lógica propia

La evangelización pide como requisito previo el testimonio de las personas y el compromiso de las comunidades cristianas como forma de interpretación creyente y posible respuesta existencial. Además del testimonio profético es necesario el anuncio explícito: “no hay evangelización verdadera mientras no se anuncie el nombre la doctrina, la vida, las promesas del Reino, el misterio de Jesús de Nazaret Hijo de Dios (EN 22). Este anuncio comprende el kerigma, La predicación y la acción catequética. El anuncio no es fin en sí mismo sino que *busca la adhesión afectiva, personal y comunitaria* a la persona de Jesús, a su mensaje y a su causa. La adhesión a Jesucristo es incorporación a la vida nueva del Reino, y se manifiesta en la pertenencia activa a la comunidad eclesial y en la participación sacramental que alimenta la existencia cristiana.